

Lo que sea de cada quien

La herencia de Esther

Vicente Leñero



Esther Seligson

Acababa de llegar de Jerusalén cuando me citó en su departamento frente al parque México, donde se había quitado la vida su hijo Adrián cinco años antes.

Llegué puntual, a las diez de la mañana.

—No entiendo por qué sigues viviendo aquí —le dije.

—Sólo unos días, voy a vender el departamento.

Me sirvió un expreso cargadísimo y se empeñó en contarme aquella tragedia que yo no quería escuchar, de la que sólo estaba enterado por terceras personas. De cómo su hijo Adrián, acosado por la psicosis que los médicos atemperaban con *rivotril*, *tegetrol*, *aldol*, *tofranil*, *tafil*, *lilhemin*, *epival*, llegó una madrugada a verla, sumamente alterado, para acusarse de algo tremendo. Ella llamó de inmediato al padre del muchacho —mi entrañable amigo Alfredo Joskowicz, divorciado de Esther desde años atrás— y ante él se explayó en su inculpación.

Mientras Esther y Alfredo se apresuraban desquiciados a llamar al psiquiatra, Adrián se encaminó a una gran ventana que daba hacia el estacionamiento del edificio y se lanzó once pisos abajo.

Todo me lo narró Esther con una serenidad impresionante. Luego dijo:

—¿Por qué no escribes sobre Adrián? Él me mandó una carta hace mucho con-

tándome que platicó contigo sobre asuntos de fe.

Era cierto. Aunque poco conocía a Adrián Joskowicz —había actuado en dos obras de teatro mías— nunca lo traté de cerca. Hasta una noche en que luego de aquellas sesiones de dominó organizadas por mi hija Eugenia y Jesús Ochoa en la Casa del Teatro, me pidió un aventón a su domicilio.

Fue Adrián quien introdujo el tema religioso y durante el trayecto en auto —una hora más frente a su departamento— se desbordó hablando y preguntando sobre esa presencia incandescente que los judíos llaman Yavé.

Pasaron los años. Ocurrió la tragedia.

Yo estaba ahora con Esther en su departamento. Me decía sobre el libro que escribió sobre su hijo cuatro años después del terrible episodio: *Simiente*. Me entregó un ejemplar de pastas blandas. Había sido publicado por su cuenta en la Editorial Sin Nombre con un tiraje de mil ejemplares. Lo conformaba, ilustrado con dibujos y cartas manuscritas de Adrián, veintitrés textos impresionantes, desgarradores, bellísimos.

—Bueno, si no quieres escribir sobre Adrián —dijo sonriendo—, sé bueno y presenta la semana próxima mi antología. Para eso te llamé.

Se publicaba *A campo traviesa*. Era una colección de ensayos y artículos suyos publicados en revistas que acababa de editar el Fondo de Cultura Económica.

Elena Poniatowska y yo fuimos los presentadores, un miércoles en la tarde, coordinados por Joaquín Díez-Canedo hijo en la librería Octavio Paz.

Elena encomió con abundantes adjetivos los ensayos de Esther. Leyó además una semblanza de la escritora en la que delineaba con gracia su desparpajo, su inteligen-

cia, la singularidad de sus vestidos exóticos. Yo intenté aludir a los personajes de la *Biblia* de los que ella era experta y titulé mi texto como *El libro de Esther*, parafraseando a los de Judith y Ruth.

Tanto Elena como yo pensamos que la Seligson se sentía feliz por los elogios con que la habíamos exaltado, pero cuando ella tomó la palabra para agradecer el acto se lanzó contra nosotros sin decir agua va, con virulencia y sarcasmo. Le molestaba la semblanza leída por la Poniatowska porque ella no vestía faldas amponas ni anaranjadas —chilló—. ¡Qué horror, Elena, yo no soy así! A mí me criticó que la comparase con las horrendas mujeres de la *Biblia*. Hubiera preferido que la relacionara con las heroínas griegas, ¡carajo!: como Electra, como Antígona, como Clitemnestra. ¡Ésas sí son mujeres!

Elena y yo dejamos a Esther firmando libros mientras escapábamos de la librería con la decisión de no asistir, en represalia, al coctel que nuestra amiga había organizado en el restaurante San Ángel Inn. Elena, furiosa; yo, desconcertado.

Al día siguiente, sin embargo, cuando aún no digería el desaire, la Seligson envió a mi casa una bella postal con una foto del Río Jordán corriendo entre los árboles y unas líneas manuscritas: *Como estas aguas aún fluyen las palabras de tu texto en mi corazón. Gracias por tu presencia en la presentación de A campo traviesa y en el transcurso de mi vida "profesional", desde Revista de Revistas y Proceso, hasta el día de hoy.*

Así era Esther Seligson, siempre en contradicción: cálida y grosera, simpática y distante, generosa y altiva, sonriente en su trato y agría en sus estallidos.

Ahora, por fin, está nuevamente con su hijo en el seno de Abraham. ▣